

# Los troncos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

## TRANCO I

El ínclito maestro, don Carlos Bracho, a quien este siete veces H. Consejo Editorial considera como uno de sus preferidos amantes cantineros, y uno de los que le da duro a la bachata, nos transmite muchos sentimientos en este su Tranco, que nosotros, al calor de las bebidas citadas por él, quisiéramos darles a ustedes, lectoras insumisas, un resumen de su escrito. Pero será mejor dejar que corra la tinta y nosotros dejar que usted saque las conclusiones debidas:

El mero mero de los compositores, José Alfredo Jiménez, decía y lo decía bien: “Estoy en el rincón de una cantina, oyendo una canción que yo pedí... Me están sirviendo orita mi tequila...”. Entonces y en razón de eso, lectoras no pripanistas, sabrán que yo, con cualquier pretexto hago válida la frase querendona del compositor, por ejemplo, si llueve a cántaros y los rayos, los truenos, las centellas se abaten sobre los campos y sobre esas calles citadinas de nuestro Mexicalpan de las Ingratas y en menos de que te digo Cleta, súbete a la bicicleta, entro a Mi Oficina, y aprovecho ese tiempo tequilero, y María, mi bella amiga, la de las piernas como de ensueño sideral y de pechos como paricutines luminosos, antes de que le extienda el riguroso saludo de abrazo-beso, antes de que me quite la chamarra que está empapada, ella, la muy ladina, ya me tiene puestos en la mesa dos caballitos de tequila –del blanco, del que raspa, claro-; y a lo que te truje Chencha: a empujarme el líquido diabólico y a sentir su efecto y a mirar a la calle y a ver cómo los autos pasan raudos y mojados. Y oiga usted, amigo zapatista y bullanguero, otra ocasión propicia para refundirse en esa Mi Oficina, se da cuando golean a nuestro equipo futbolero, y entonces yo, hombre débil y campe-

sino sediento, para dar rienda suelta a mi rabia, a mi dolor causado por los goles fallados por delanteros chafas, me tomo, no uno, sino tres o cuatro caballitos bien copeteados, y viera usted que así la derrota, por un lado, y la lluvia, por el otro, no duelen tanto, viera usted que así, con los tequilines puestos entre pecho y espalda, el susodicho coraje como que se va resbalando poco a poco, como si fuera en un tobogán. Y cuando uno llega tarde al cantón y que la ñora no abre la puerta, y que afuera el frío arrecia y que existe el peligro de que lo asalten a uno, que lo encajuelen, que le mochen la oreja, y dado que sí, que eso puede pasar, entonces la decisión sabia y contundente es encaminarse a Mi Oficina, tocar, y como uno es cliente asiduo, le abren a uno el changarro, y ahora es cuando chile verde le has de dar sabor al caldo. Sí, allí, ya sin presiones molestas, ya sin el ajeteo y sin los miedos que provoca la gran ciudad, poner en la rocola a Luismi o a Antonio Aguilar, o al mismísimo José Alfredo, y calentar así el cuerpo con los famosos aguardientes jaliscoquillos. Sí, amigas que no pertenecen a la derecha intolerante y desnacionalizadora; sí, amigos admiradores de Morelos, ésa es la mera solución, ésa es la otra opción para tratar de resolver los problemas –aparte de las lluvias y los truenos– que los mexicas confrontamos hoy en día. Sí, porque si usted quiere buscar la solución a través de los jueces y los ministros de la Suprema, está usted

–si es pobre, claro– bien frito, pues a usted, campesino, obrero, estudiante, luchador social, lo entancarán, a usted lo castigarán, a usted lo torturarán sin conmiseración; y, le atinó usted, a los mourriños, a los bribiescas, a los creeles, a los foxes les rendirán el culto y la pleitesía que sus posiciones de altos jerarcas de la derecha gobernante tienen.

Vale. Abur.

## TRANCO II

El citado siete veces H. Consejo Editorial de esta todavía más honorable Fundación RAF, de plano deja que nuestros acuciosos lectores y lectoras de nuestro Búho, una vez que se sumerjan en lo escrito por el maestro Bracho, piensen, sin presión alguna, en lo que allí se expone y que quizá nos deje una pulga en la oreja, veamos:

Pasan los días, pasan los años y en este nuestro malogrado Mexicalpan de las Ingratas continúan bogantes las políticas sucias, mentirosas, manipuladoras y degradantes. Siguen creciendo en número los retenes policíacos y militares. Sigue la vio-

lencia desatada del narco –florecente desde que el tristemente célebre PAN nos gobierna-. Sigue a tambor batiente la cultura del fraude y de la impunidad. Sigue el señor que habita en Los Pinos provocando confusión y desorden a lo largo y ancho de esta República mexicana. Ante eso, ante esa visión –real- catastrófica, amigas no panistas, no me queda otra solución adecuada –por favor, maestro, música de violín- que tomar el pañuelo que la abuela bordó y que la madre solicita nos proporcionó –toma, hijo, algún día lo necesitarás- y con él limpiarme las lágrimas que me provoca el ver el declive moral y material que la derechización –empezó hace cincuenta años- del país padece. Me hundiré, por tanto, en el rincón de Mi Oficina y desde allí, en lo oscurito, para que no me vean los paisas –dado que los machos no lloran-, y desde allí escuchar a José Alfredo con aquello de: “Las distancias apartan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres...”, y luego, y por ende, al seguir contemplando el cinismo y la desvergüenza de los polacos mexicas, luego de ver lo que provocan sus decisiones para “beneficio del pueblo y de la patria”; luego de los lloros míos, que mi amorosa María comprende, ella me pondrá –para recuperar el alma que se había ido lejos- una ringlera de caballitos de tequila blanco, y estarán no uno ni dos, sino cuatro o seis copas, y a cada despropósito humillante y entreguista del señor que habita en Los Pinos, empujármelos uno a uno. Y cuando se haya ido un poco el dolor republicano, mirar a la calle, ver

cómo la lluvia cae como remanso de paz por sobre las casas, por sobre las banquetas, por sobre los rostros impasibles de la ex raza de bronce. Y al ver pasar desde esa atalaya cantinera a las presurosas amas de casa, que llevan también su pañuelo para secar las lágrimas que les provoca la carestía, la inseguridad, la venta de los bienes nacionales, la venta al mejor postor del petróleo. Esos jinetes apocalípticos, los bushes, los calderones, los curas pedrastas, los militares que rondan y quitan la paz en las zonas zapatistas, son los provocadores de dichas lágrimas. Y bueno, ya consumidos los líquidos etílicos y reconfortantes y alegres, ya calmados, ya en trance de poder pensar en otras cosas, ya cansados de sufrir los reveses de la clase en el poder que ha prostituido todo lo que está al alcance de sus siniestras ambiciones, recordar la lucha gallarda –olvidada por los intelectuales absorbidos por el dinero y por los elogios gubernamentales- del Frente POLISARIO , y por ello, levanto la copa y brindo con los compadres solidarios de la mesa vecina y brindamos siete veces por su triunfo. Y luego –ya en estos lares-, al ver las redadas que los gringos, amigos de los calderones y los mourriños, implementan contra los paisas, antiguos dueños de esas tierras arrebatadas, no me queda otra solución que –ni modo, la tragedia es grande- empujarme otro tequilín y utilizar mi húmedo pañuelo –termina música de violín. Vale. Abur. 🍷

[www.carlosbracho.com](http://www.carlosbracho.com)



Carlos Bracho